



**DISCO
DURO**

José Miguel Varas

Un libro brillantemente editado en Temuco, *Agua de mil colores*, de Ena Kistart, me ha hecho recordar largamente a dos personas excepcionales: mi amigo Armando Molina, El Gato, y su madre, Marcela Cadot. A ellos agreguemos la autora del libro.

El Gato vivía solo en un caserón de varios patios, situado en la esquina de Compañía con Herrera, en el oeste de Santiago. (Existe todavía, algo más ruinoso que antes. Un letrero a la entrada anuncia clases de guitarra). Mi casa estaba a menos de 40 metros de allí. Saber que mi compañero en el primer año de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile vivía tan cerca fue una espléndida sorpresa para mí. Ya éramos amigos, desde entonces lo fuimos mucho más.

Debo al Gato Molina mi primer contacto con un escritor francés, Jean Giono, que me impresionó poderosamente. Encontré en su casa, en un gran estante atestado, que chorreaba papeles y libros por los bordes de sus puertas con cristales y desde su parte superior, una gorda revista española de gran formato, sin tapas. En ella aparecía, entre otros textos, la novela *Colina de Giono*, que lei en un estado de desdramatización.

También le debo algo que se podría definir como el redescubrimiento de España. Me fascinó el Gato con coplas andaluzas, sorprendentes por su penetrante poesía y su lenguaje popular, tan cercano al habla campesina chilena.

Cantaba dichas coplas y numerosas canciones españolas. No se puede decir que tuviera oído musical, ni mucho menos, pero me contagió su adicción al *cante jondo*. Solíamos tratar éste y otros temas en largas tertulias, acompañadas de tazas de té puro, en un salón polvoriento, donde había vitrinas con bibelots y una notable cantidad de sillas doradas Luis XV, con tapices de seda y delicadísimas patas, sobre las cuales nos dejábamos caer con total despreocupación. Resistían.

Continuábamos el análisis del

El Gato, su hermana y su mamá



mos fanáticos militantes del Partido Socialista".

Entusiasmado por el contacto con aquellos republicanos derrotados, que cantaban como triunfadores, y por los relatos del abuelo, se las empezó a dar de toreo, utilizando como capa una cortina de la casa. Empecé por pedirle a su hermana Ena que representara al toro y lo corneara. Luego se envalentonó y se fue a los poteros a torrear a los terneros y la cosa terminó cuando se enfrentó con un toro de verdad que lo hizo salir huyendo y, al hacerlo, romper las cortinas y sus pantalones.

A la señora Marcela Cadot, la madre del Gato y Ena, la conocí en 1949, cuando fui a pasar las vacaciones de invierno en la casa del padrastro de Armando, Juan Kistart, en Los Angeles. Al llegar, me enteré que mi amigo se había ido a no sé dónde y, por cierto, había olvidado comunicarme mi llegada. Fue tal mi desconcierto, que me enfermé inmediatamente de gripe, con fie-

bre, amigdalitis y fuerte tos. De manera que pasé aquellos días en cama, bebiendo inolvidables tisanas de tilo. En ese período fui cuidado y hasta regañado por Marcela, una mujer delgada y de peque-

ña *Canción Desesperada*, de los *Veinte Poemas de Amor*, mientras ella con mucho interés lo escuchaba y al final, la Marcelita le dijo que iba a ser el mejor poeta en español, siempre que se casara Romeo Murga. Y Nohal le preguntó si Romeo se moriría y ella le dijo que sí".

Cuando Marcela Cadot enfermó gravemente en Temuco pidió a su hija Ena que siguiera escribiendo y terminara algunos relatos, empezados y olvidados años antes.

"Yo me extrañé bastante porque en general sentía que ella valoraba muy poco mis acciones y mis escritos. De todas maneras, esa noche retomé el cuento *La primera hospitalidad*, empezado hacía bastante tiempo, y lo terminé (si es que uno alguna vez termina un cuento). A la mañana siguiente, Luisa, una joven que vive con nosotros hace años, le leyó el cuento a mamá. Yo permanecí al lado de la enferma, con su mano diminuta entre mis manos, mientras mi amiga leía en voz alta. Ella lee muy bien y al escucharla, el relato me pareció mejor de lo que yo creía".

Al día siguiente, Marcelita le pidió otro cuento. Y así, durante las noches de abril, mayo, junio y julio de 1996, Ena Kistart escribió la mayor parte de los que componen su libro *Agua de mil colores*.

Es magnífico. Las narraciones de esta escritora que todavía no quiere reconocerse como tal, comunican una sensación de frescura, sugieren la espontaneidad del lenguaje hablado y transmiten un sentido del humor y una cierta visión cálida del mundo, que en vez de ser ingenua, sugiere la rica experiencia de alguien que está de vuelta de casi todo.

El 11 de septiembre de 1973, desde el hospital donde vivía los últimos dolores de un cáncer terminal, mi amigo El Gato logró llamar por teléfono a su hermana. Le pidió que lo acompañara a la Moneda, para defender al

Presidente Allende. Ella le dijo que no podía salir de la casa. El replicó firmemente: "Compadre, usted debe cumplir con su gobierno, salga como pueda y nos vemos en el centro". Luego, Armando Molina, esquelético y exhausto como estaba, se levan-

"Cuando Marcela Cadot enfermó gravemente en Temuco pidió a su hija Ena que siguiera escribiendo y terminara algunos relatos, empezados y olvidados años antes".

bre, amigdalitis y fuerte tos. De manera que pasé aquellos días en cama, bebiendo inolvidables tisanas de tilo. En ese período fui cuidado y hasta regañado por Marcela, una mujer delgada y de peque-

El gato, su hermana y su mamá [artículo] José Miguel varas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Varas, José Miguel, 1928-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El gato, su hermana y su mamá [artículo] José Miguel varas. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile